

LAS PRIMERAS BIBLIOTECAS PÚBLICAS EN ROMA Y SU IMPACTO EN LA CONCEPCIÓN DE LA LITERATURA LATINA¹

Susana González Marín

Universidad de Salamanca
sana@usal.es

Resumen

Las bibliotecas públicas en Roma surgieron al comienzo del Imperio y, aunque en principio eran continuadoras del espíritu de las bibliotecas privadas de época republicana, el estudio de algunos de sus rasgos –su origen, su uso, la distribución de sus fondos, su diseño, etc. – revela que su aparición aportó novedades que implican un cambio en la concepción de la propia biblioteca, así como en el sistema cultural y literario. Su función canonizadora se acentuó, entre otras cosas por el papel que los emperadores desempeñaron en su creación, de manera que las bibliotecas públicas se convirtieron en una institución literaria fundamental a la hora de construir una literatura latina en pie de igualdad con la literatura griega, sobre cuya configuración también influyeron inevitablemente.

Palabras clave: bibliotecas - literatura latina - *patroni* - canon.

Abstract

Public libraries in Rome appeared at the beginning of the Empire, and even though at first they kept the spirit of private libraries from the Republican era, research on issues such as their origin, use, arrangement of their holdings, design, etc. reveals that their emergence entailed a new concept of what a library was, as well as changes in the cultural and literary systems at large. Public libraries increased their influence in setting literary canons –not least due to the role emperors played in their establishment–, and therefore became major literary institutions which contributed not only to put Latin literature on an equal footing with its Greek counterpart, but also to force the latter to adapt to new trends.

Key words: libraries - Latin Literature - *patroni* - canon.

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de investigación FFI2009-09531 financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

Introducción

Hay una acusada tendencia a hablar de las bibliotecas de la antigüedad clásica como de un todo uniforme, cuya eximia representante es la Biblioteca de Alejandría; pero lo cierto es que, aun restringiéndonos a esta época, no existe un modelo único de biblioteca. Las bibliotecas son instituciones que no se limitan a reunir y preservar una serie de textos sino que asumen una colección de funciones variables relacionadas con una concepción determinada de la cultura textual y de la literatura. En consecuencia, no son entidades estáticas sino que adoptan formas diferentes: cada una se crea pensando en una determinada comunidad de usuarios; se abastece con unos fondos dejando fuera otros; e incluso se diseña físicamente y se organiza en función de distintos factores: poder, autoridad, identidad cultural, canonicidad, memoria (Too, 2010: 1-9).

De cara a las relaciones con la cultura griega, es significativo, por ejemplo, el hecho de que los romanos utilizaran una palabra griega –*bibliotheca*– para designar esta institución. Y aún más elocuente es algo que casi nunca se dice con la suficiente claridad: que en las bibliotecas romanas de época republicana la mayor parte de los fondos eran griegos².

Durante toda la República las grandes colecciones de libros estuvieron en manos privadas de importantes familias. César fue el primero que, quizá acicateado por el conocimiento de la Biblioteca de Alejandría, encargó a Varrón el diseño y la organización de la que hubiera sido la primera biblioteca pública³ de Roma, pero el asesinato de César abortó el proyecto. Así pues, la primera biblioteca pública fue la que Asinio Polión fundó en el *Atrium Libertatis* (entre el 38 y el 28 a. C.). Enseguida Augusto añadió otras dos, la Biblioteca del Templo de Apolo en el Palatino y la del Pórtico de Octavia. A partir de este momento los sucesivos emperadores crearon nuevas bibliotecas en Roma y la aristocracia se encargó de abrir otras en Italia y en el resto del Imperio (Casson, 2001,

² En la biblioteca privada de la villa de los Papiros en Herculano, que podemos tomar como muestra porque se formó en época republicana, la mayor parte de los rollos que contiene son griegos y tan sólo un pequeño número están escritos en latín, si bien es cierto que todavía podría haber una sorpresa y descubrir que existía una biblioteca latina en alguna dependencia de la casa sin excavar.

³ A pesar de lo inapropiado de la expresión 'biblioteca pública', que tiene en la actualidad unas connotaciones que no coinciden con el concepto antiguo, seguiremos utilizándolo para establecer una diferencia con las bibliotecas privadas, ya que su aplicación está muy extendida.

Las primeras bibliotecas públicas en Roma y su impacto en la concepción de la literatura latina.

Strocka, 1981, Fedeli, 1988 y Dix-Houston, 2006).

El análisis de algunos aspectos pertinentes para el conocimiento de cualquier biblioteca –el origen de las colecciones, el mantenimiento cotidiano, los usuarios a los que estaban destinadas, los fondos y su organización– servirá para valorar las transformaciones que supuso la aparición de las bibliotecas públicas en Roma tanto en lo que se refiere a su concepción como en el sistema literario y cultural de la época.

1. El origen de las colecciones: campañas militares, confiscaciones de bienes, regalos y herencias

Es sabido que en la época de la República los fondos de las colecciones privadas más importantes proceden en principio del botín de guerra. Emilio Paulo (168 a. C.) fue el primero que trajo una biblioteca a Roma, y no una cualquiera, sino la de un rey, Perseo de Macedonia. Sila en el año 86 a. C., tras conquistar Atenas, trajo de allí la biblioteca de Apelición, un bibliófilo que, entre otros fondos, poseía la colección de Aristóteles así como libros de su sucesor Teofrasto. Lúculo (cos. 74 a. C.) consiguió su famosa biblioteca gracias a sus campañas en Asia Menor.

Estas famosas colecciones son la prueba evidente del poder de Roma sobre otros pueblos, especialmente sobre el mundo helénico.

Esta conexión con la conquista siguió existiendo en las bibliotecas públicas fundadas en el Imperio. De hecho, de la primera, fundada por Polión, Plinio el Viejo nos dice expresamente que se creó *ex manubiis* (HN 7.115). Y no es descabellado pensar que parte de los nuevos fondos que acrecentaron las bibliotecas imperiales procedía de las campañas militares⁴.

Pero además, las bibliotecas, privadas y públicas, se relacionaban también con el ejercicio del poder dentro de Roma, especialmente al final de la República y al comienzo del Imperio, época cargada de conflictos y marcada por las guerras civiles. Examinemos algunos datos (Dix, 2000: 459-61).

Sabemos que una biblioteca de Varrón fue saqueada en las proscripciones del

⁴ Dión Casio (*Historia Romana* 49.43.8) afirma que el pórtico de Octavia, incluida la biblioteca, fue construido por Augusto con el botín obtenido en Dalmacia. La certidumbre es imposible, pero en cualquier caso la afirmación es verosímil (Dix-Houston, 2006: 685-6, n. 100).

Segundo triunvirato en el 43 a. C. (GEL. NA 3.10.17). No tenemos constancia de quién fue el autor, pero un posible candidato es Marco Antonio, que en abril del 44 se había apoderado de la finca de Varrón en Casino (CIC. *Phil.* 2.40.103-41.105), donde seguramente había una biblioteca. Marco Antonio obtuvo otros bienes por esta vía⁵; de hecho, su viuda, Octavia, donó para el Pórtico que lleva su nombre obras de arte que había heredado de él, como el Cupido de Praxíteles que había sido propiedad de Verres (Plinio *HN* 34.6; 36.22). No es descabellado pensar que también pudo dotar a la biblioteca del Pórtico de fondos recibidos de Marco Antonio como herencia, entre los que pudo haber libros de Pompeyo, de Varrón, o de otros.

Veamos el caso de la biblioteca de Lúculo. Un hijo de este murió en Filipos en el año 42 a. C. luchando en el bando de Bruto y Casio. Al menos dos de sus posesiones –la villa de Misenum y los *horti Luculliani*– estaban en manos imperiales al comienzo del imperio (TAC. *Ann.* 6.50 y 11.1-3), pero hay indicios que permiten suponer que ya durante el triunvirato fueron confiscadas y entregadas como recompensa a Marco Valerio Mesala Corvino, el *patronus* de Tibulo. Es probable que la finca de Túscolo donde estaba la biblioteca, corriera una suerte similar.

Por tanto, es más que probable que las grandes bibliotecas republicanas acabaran en manos de Augusto engrosando las colecciones de las bibliotecas imperiales⁶. Esta incorporación de fondos que antes eran propiedad de sus enemigos sin duda constituía un símbolo de su victoria en la lucha por el poder en Roma.

Las bibliotecas imperiales se abastecieron también –como en la República– de herencias y de regalos, actos que no estaban exentos de significado político⁷.

⁵ Por ejemplo, de algunas propiedades de Pompeyo tras la muerte de este, entre las cuales habría bibliotecas, como corresponde al hombre culto y *patronus* literario que era Pompeyo (Anderson, 1963: 57-82).

⁶ El destino de la biblioteca de Sila es incierto. Sobre los detalles, cfr. Marshall (1976: 259); D'Arms (1970: 177) y Dix (2004: 68-70).

⁷ En la Biblioteca del Palatino acabaron, según el testimonio de Galeno (*Peri alupias* 13), las bibliotecas de Ático. Probablemente Agripa, partidario de favorecer el conocimiento público de las obras de arte y no confinarlas al disfrute exclusivo de sus propietarios (Plinio, *NH* 35.26), tuvo algo que ver: había estado casado con la hija de Ático hasta el año 28 a. C., cuatro años después de la muerte de éste, y pudo haber convencido a su primera esposa de donar a la Biblioteca la colección de su padre.

Así pues, no es extraño que un factor de peso en la creación de las bibliotecas imperiales fuera el deseo de colocar estas colecciones en un marco apropiado para resaltar su carácter simbólico como expresión del poder en Roma.

2. El mantenimiento de la biblioteca

Durante la República el cuidado y la conservación de las grandes colecciones estaban a cargo, por lo que parece, de esclavos no especializados en esta labor (Houston, 2002). Los que trabajaban en las bibliotecas de Cicerón no tenían exclusivamente ese cometido; de hecho, en ocasiones necesitó ayuda extraordinaria y entonces recurrió a Ático para que le facilitara operarios (*Att.* 4.4^a.1). Gracias a Cicerón sabemos que, cuando un particular necesitaba organizar su biblioteca o crear una nueva, acudía al consejo de algún gramático. Él mismo recurrió a Tiranión, que ya se había ocupado de la biblioteca de Sila, para organizar su biblioteca de Antium (*Att.* 4.8.2).

No muy distinta era la situación en las primeras bibliotecas públicas. La evidencia epigráfica nos indica que los encargados del mantenimiento de estas en época de Augusto pertenecían a su servicio doméstico y no a la plantilla a cargo de los servicios públicos. Por otra parte, parece que al frente de estos esclavos había uno, llamado en las inscripciones *uilicus* (“supervisor”), encargado de una sección dentro de la biblioteca, la griega o la latina. En un nivel superior fueron gramáticos –como sucedía en época republicana– los que se ocuparon del diseño y la organización de las colecciones: César había encargado a Varrón esta tarea; Polión estaba en condiciones de realizarla él mismo; Augusto, para la Biblioteca del Palatino, acudió a Pompeyo Macer, hijo de un distinguido historiador griego que glosó las hazañas de Pompeyo; y para la del pórtico de Octavia, a Meliso, un liberto de Mecenas. Posteriormente puso al frente de la Biblioteca del Palatino a Higino.

Con el aumento del número de bibliotecas, ya bajo Tiberio, se creó un cargo que asumía la responsabilidad de las bibliotecas públicas de Roma y que ocupaban generalmente gramáticos, casi siempre griegos⁸.

⁸ Aunque en el s. II estos encargados pasaron a ser romanos del orden ecuestre. Entre ellos se encontraba Suetonio.

3. Los usuarios y la utilización de las bibliotecas

Los propietarios de las bibliotecas privadas en época republicana abrían sus colecciones al disfrute de sus amigos y cercanos.

De Lúculo sabemos que gustaba de poner sus libros a disposición de todos y facilitaba su uso en la medida en que podía. Entre los visitantes más asiduos de su biblioteca se encontraban los griegos. Uno de ellos era Arquias, que le había acompañado en sus campañas en Oriente, había vivido en su casa tras su regreso y había compuesto un poema en griego sobre sus hazañas y las de su hermano. También estuvieron Tiranión y Epicado, el encargado de la biblioteca de Sila. Plutarco (*Luc.* 42) afirma que la casa de Lúculo era un prítaneo griego para los que llegan a Roma. Sin duda, en el fondo de esta actitud se halla también el placer de demostrar a los griegos que él era capaz de reproducir una institución griega en Roma.

Cicerón, además de visitar la biblioteca de Lúculo, cuando esta ya era propiedad de su hijo (*Fin.* 3.7-8), utilizó también los fondos de otras bibliotecas particulares: la de Sila, que había heredado su hijo Fausto; y, naturalmente, la de Ático (*Att.* 4.14.1) (Sommer, 1926: 398).

La biblioteca se perfila como un lugar en el que se discute y se intercambian opiniones con otros intelectuales. Cicerón escogió bibliotecas como escenario de algunos de sus diálogos: la suya propia de la *uilla* de Túsculo fue el marco del de *Diuinatione* (2.8); en la biblioteca de Lúculo situó el desarrollo de su diálogo perdido *Hortensio* y en este mismo lugar encuentra a Marco Catón rodeado de libros (*Fin.* 3.7-8.)

Estos datos descubren la dimensión social de las bibliotecas, aunque fueran de propiedad privada. El hecho de que los mismos nombres –Tiranión, Epicado, Arquias, Cicerón– aparezcan una y otra vez en relación con las colecciones de libros indica que las bibliotecas eran utilizadas por un círculo social minoritario, caracterizado por su elevada educación y cultura.

La situación no varía mucho en las bibliotecas imperiales.

La Biblioteca del Palatino era considerada como parte de la casa de Augusto: constituía un anejo del Templo de Apolo, que estaba unido a la Casa de Augusto mediante una rampa (Dix-Houston, 2006: 681 y 683). Allí Augusto presidió el Senado durante la convalecencia de una enfermedad y la utilizó como sala de audiencias (Suet. *Aug.* 29.3; *POxy* 2435 verso).

Aulo Gelio cuenta algunas anécdotas que confirman que las bibliotecas, a

a semejanza de la imagen transmitida por Cicerón, eran escenarios en los que tenían lugar sesudas conversaciones entre filólogos, que naturalmente pertenecían a un mismo círculo.

Es probable, entonces, que el público de las bibliotecas imperiales estuviera restringido al ámbito del emperador, de manera similar a lo que sucedía en las bibliotecas particulares republicanas.

Sabemos por Vitruvio (de *arch.* 7 *praef.*4-7) que en la Biblioteca de Alejandría se organizaron certámenes poéticos que dirimía un jurado, aunque todo el pueblo (*cunctus populus*) manifestaba sus preferencias. En Roma también las bibliotecas públicas fueron escenario de *recitationes* (HOR. *Ep.* 2.2.92-105; PLINIO EL JOVEN *Ep.* 1.13.3; JUV. *Sat.* 7.36-7). Sin embargo, es dudoso que estas estuvieran abiertas al gran público, a la vista de testimonios como el de Séneca el Viejo, que atribuye a Asinio Polión el mérito de instaurar en Roma las *recitationes*: *Pollio Asinius numquam admissa multitudine declamavit, nec illi ambitio in studiis defuit; primus enim omnium Romanorum aduocatis hominibus scripta sua recitavit.* (“Asinio Polión nunca declamó ante una multitud, y no le ha faltado ambición en sus estudios; en efecto, fue el primero de todos los romanos que recitó sus escritos después de invitar a la gente”. SEN. *Con.* 4. *pr.*7). El texto de Séneca ha sido muy discutido puesto que cuesta creer que antes de Polión no hubiera en Roma *recitationes*. Hay cierto acuerdo en pensar que la innovación de Polión fue institucionalizar y dotar a estas lecturas –ya practicadas en Roma– de un marco formal, quizá enviando invitaciones, quizá situándolas en la Biblioteca del *Atrium Libertatis* (Dalzell, 1955). Según esto, la *recitatio* en Roma compartiría con las bibliotecas públicas valores que reforzaban los lazos de pertenencia a una comunidad restringida y elitista (Dupont, 1997: 53-4).

4. La configuración de las bibliotecas

4.1 El diseño de las bibliotecas republicanas

Según Estrabón (17.1.8), la biblioteca de Alejandría disponía de un peristilo, una *exedra* y una sala para banquetes y celebraciones. Nada dice de las dependencias que sirven de depósito a los libros. Sin embargo, las excavaciones en la Biblioteca de Pérgamo revelan pequeñas cámaras que dan al peristilo y que servirían probablemente para el almacenaje. Podemos suponer que ésta sería también la configuración de la de Alejandría. Este diseño se siguió reproduciendo en una escala más pequeña en otras bibliotecas helenísticas y parece que

fue el modelo que los romanos en un principio adoptaron: cámaras de almacenamiento que se abrían a pórticos y paseos al aire libre.

El testimonio de Plutarco (*Luc.* 42.1-2; Dix, 2000: 446-454) sobre la biblioteca de Lúculo en Túsculo y los restos de la Villa de los Papiros (Sider, 2005) confirman esta disposición.

En cuanto a la biblioteca de Cicerón en Túsculo, éste la sitúa dentro de un *gymnasium* que él llamaba el “Liceo” (*Div.* 1.8; 2.8), en correspondencia con el nombre que recibía el *gymnasium* inferior de su misma finca: “Academia” (*Tusc.* 2.9)⁹. La evocación de las sedes de las escuelas filosóficas atenienses es suficientemente reveladora del mundo que quiere reproducir.

Por otra parte, lo que sabemos de la decoración estatuaria de estos *gymnasias* de Cicerón y de la Villa de los Papiros confirma la relación con este tipo de instituciones: Cicerón habla de un pedestal rematado con la cabeza de Atenea (*Att.*1.4.3; 1.1,5). En la villa de Herculano también se encontró un herma de Atenea en el peristilo, así como otras estatuas de atletas e intelectuales griegos, una decoración típica de los *gymnasias* (Dix, 2000: 452-4; Oehler, 1912, col. 2.021).

Puesto que los fondos de las bibliotecas republicanas eran griegos en su mayor parte, era lógico que también lo fuera la construcción que los albergaba (Strocka, 1981: 302-304). Sin embargo, sin duda al final de la República el número de libros en latín había crecido. Cicerón –es evidente por su conocimiento de los autores latinos– poseía ya numerosos libros en latín (*Att.* 1.7; 1.10.4; 1.11.3; 1.20.7; 2,2,12; ad *Quinctum fr.* 3.5.6), aunque desconocemos en qué proporción respecto a los escritos en griego. Como veremos, durante el Imperio esta cuestión adquirirá su importancia en la configuración de las nuevas bibliotecas públicas.

⁹ Dix (2000: 448-450) reflexiona sobre el sentido del término *gymnasium*, probablemente un patio abierto con columnatas al que se abrían habitaciones que podían albergar libros. La relación entre *gymnasium* y biblioteca procede del establecimiento de instalaciones deportivas cerca de la Academia y el Liceo; posteriormente, al aumentar la importancia del gimnasio como una institución educacional y cultural en el mundo helenístico, se dotó a algunos con bibliotecas. Los romanos se familiarizaron con la idea de que el *gymnasium* era un lugar apropiado para actividades intelectuales gracias a los Diálogos de Platón y a su propia experiencia, si habían tenido ocasión de viajar a Atenas

4.2 Las bibliotecas públicas imperiales.

Las bibliotecas públicas constituyen monumentos cargados de significado por lo que es pertinente tratar brevemente de su situación dentro de la ciudad antes de pasar a hablar de su diseño.

Ya la primera biblioteca pública, la de Polión, ocupaba un lugar señalado: el *Atrium Libertatis*, sede de los censores donde se guardaban sus archivos. Algunos autores han interpretado que Polión quiso resaltar frente a Augusto un símbolo republicano colocando las letras bajo la protección y el auspicio de la *Libertas*, en un momento en que la libertad política estaba seriamente comprometida. Pero la postura política del propio Polión era compleja y la fecha demasiado temprana para que estos sentimientos se hubieran desarrollado. Ahora bien, si, como algunos autores piensan, el *Atrium Libertatis* estaba situado en el *Tabularium*, su posición en la cabeza del foro y la magnificencia del complejo serían altamente simbólicas. Gros (2001: I, 363) señala que su colocación junto al Foro de César sería señal de la intención de Polión de culminar el proyecto de aquel. En este mismo sentido, como un indicio de la continuidad respecto al proyecto de César, puede interpretarse la inclusión de una imagen de Varrón, aún vivo, entre los retratos que decoraban la biblioteca.

Respecto a la Biblioteca del Palatino, esta fue parte de un complejo en honor al dios Apolo, en recuerdo de la ayuda que prestó a Octaviano en la batalla de Accio (VIRG. *Aen.* 8.704), por tanto, una conmemoración de esta victoria¹⁰.

La Biblioteca de Trajano fue diseñada como parte de un conjunto en conmemoración de las guerras dacias. La famosa Columna Trajana está situada en el centro de la explanada en la que se colocaron las dos salas de la biblioteca, una enfrente de otra. La propia Columna, que estaba coronada por una estatua del emperador y en cuya base se había diseñado una cámara para su tumba, reproduce escenas de las campañas, evocando por su forma y su función la idea de un volumen de papiro y convirtiéndose así en la transcripción figurada de una obra contenida en las bibliotecas anexas: los comentarios oficiales sobre las guerras dacias escritos por el propio Trajano (Gros, 2001: I, 366-7). Precisa-

¹⁰ Sobre la influencia en su construcción del posible deseo de competir con la de Polión, reproduciendo la rivalidad entre las Bibliotecas de Alejandría y de Pérgamo, cfr. Zanker (1992: 21-40) y Goldberg (2005: 192).

mente el mejor lugar desde el que se podía obtener una contemplación óptima de los relieves eran las bibliotecas.

En cuanto al interior de las bibliotecas y su distribución, las bibliotecas romanas imperiales, a diferencia de las de Pérgamo y probablemente Alejandría, fusionaron en un solo ambiente el espacio de almacenamiento y la sala de lectura: sobre el podio que recorría las paredes de la sala se apoyaban los armarios donde se guardaban los rollos y las imágenes de los autores.

Según Plinio el Viejo (*NH* 35.10), la colocación de estos retratos constituye otra innovación de Polión, pero sabemos que también en las Bibliotecas de Alejandría o Pérgamo había esta costumbre. (Dix-Houston, 2006: 678). ¿En qué sentido, entonces, Plinio consideraba que este tipo de decoración era novedosa? Quizá simplemente quiere otorgar a Polión otros méritos como iniciador –además de la fundación de la primera biblioteca pública y de la implantación de las *recitationes*–; pero también es posible que la novedad residiera en la utilización de las imágenes como procedimiento organizativo dentro de la biblioteca, situando junto a sus obras el retrato del autor, algo indemostrable pero verosímil¹¹ (Dix-Houston, 2006: 707, n.259). Su colocación en una biblioteca, un lugar idóneo como sede de la memoria, contribuye a la inmortalización de estos personajes así como a su consideración como modelos para la imitación, como demuestran los versos de Horacio referidos a la Biblioteca del Palatino (Too, 2010: 191-243):

*uerum age et his, qui se lectori credere malunt
quam spectatoris fastidia ferre superbi,
curam redde breuem, si munus Apolline dignum
uis conplere libris et uatibus addere calcar,
ut studio maiore petant Helicon a uirentem.*

(Pero, venga, presta un poco de atención a estos que prefieren confiarse a un lector antes que soportar el hartazgo de un espectador insolente, si quieres llenar de libros ese regalo digno de Apolo y espolear a los vates para que con más ardor alcancen el verdeante Helicón. *Ep.* 2.1.214-8)

¹¹ El valor mnemotécnico de las imágenes ha sido puesto de relieve en otros lugares: colocación de retratos de grandes personajes en orden alfabético a semejanza de una enciclopedia.

Las primeras bibliotecas públicas en Roma y su impacto en la concepción de la literatura latina.

...adspice primum,
quanto cum fastu, quanto molimine circums
pectemus uacuum Romanis uatibus aedem
(Mira, en primer lugar, con qué gran fasto, con qué solemnidad exami-
namos el templo vacío de vates romanos.” *Ep.* 2.2.92-4)

Las expresiones empleadas por Horacio, “llenar de libros el regalo digno de Apolo” o “el templo vacío de poetas romanos”¹², invitan a pensar que la biblioteca tenía estantes vacíos a la espera de que los poetas romanos los llenaran. Es posible que, en efecto, ésta fuera la percepción de los romanos en ese momento (Horsfall, 1993: 62-3): la poesía latina era todavía poco voluminosa si la comparamos con la griega.

Está claro que el abortado proyecto de César de construir una biblioteca pública contemplaba la existencia de libros griegos y latinos:

SUET. *Jul.* 44:...; *Nam de ornanda instruendaque urbe, item de tuendo ampliandoque imperio plura ac maiora in dies destinabat (...) bibliothecas Graecas Latinasque quas maximas posset publicare data Marco Varroni cura comparandarum ac digerendarum...*;

(En efecto, cada día decidía más y más importantes proyectos para el ornato y equipamiento de Roma, así como para la protección y crecimiento del imperio: ... abrir al público bibliotecas griegas y latinas, del mayor tamaño posible, tras confiar a Varrón el encargo de abastecerlas y organizarlas)

Y hay constancia de que tanto la biblioteca de Polión como la que inauguró Augusto en el Palatino contenían obras en griego y en latín, según dicen Isidoro (*primum autem Romae bibliothecas publicauit Pollio, Graecas simul atque Latinas*. “Polión por primera vez construyó en Roma una biblioteca pública, griega y latina”. *Etym.* 6.5.1) y Suetonio, (sobre la biblioteca del Templo de Apolo: *addi-*

¹² El texto, concretamente el adjetivo *uacuum*, ha estado sujeto a distintas interpretaciones: ¿“vacío de poetas romanos” o “abierto para los poetas romanos”? Sobre ambos pasajes, cfr. Brink (1982: 238-240 y 321-322).

dit porticus cum bibliotheca Latina Graecaque. “Añadió un pórtico junto con una biblioteca latina y una griega”. *Aug.* 29.3).

Basándose en parte en estos textos, los estudiosos han concluido que las bibliotecas imperiales romanas constaban de dos grandes salas junto a un pórtico, una para los libros en griego y otra para los libros en latín¹³.

Los escasos restos conservados de la Biblioteca del Palatino apuntan en efecto a la existencia de dos salas simétricas; aunque parece que datan de la remodelación que efectuó Domiciano tras el incendio del año 80 (Strocka, 1981: 307-9). Desafortunadamente no tenemos noticias seguras sobre la configuración de las bibliotecas imperiales posteriores: nada queda de la del Pórtico de Octavia, ni de la del Templo de Augusto, ni de la *Domus Tiberiana*¹⁴. En cambio, sí sabemos que la Biblioteca de Trajano constaba de dos salas, como ya hemos visto (Dix-Houston 2006: 697-8; Strocka, 1981: 309-311).

En los epitafios de empleados de las bibliotecas imperiales se señala con frecuencia su especialización como encargados de la biblioteca latina o de la griega (Houston 2002, *passim*). Por ejemplo: *Montanus Iulianus uilic(us) a bibliotheca Octaviae Latin(a)* (Montano Juliano, supervisor de la biblioteca latina del Pórtico de Octavia. *CIL* 6.4435).

Más concluyente es el testimonio de un papiro de Oxirrincos (*POxy* 2435 v.), donde encontramos la noticia de que Augusto recibió una embajada en *tē Romaikē bybliothekē* (“en la biblioteca romana”) del templo de Apolo, lo que señala la existencia de una sala romana, distinta a la griega (Dix-Houston, 2006: 683, n.87.)

Así pues, aunque no es posible afirmar con rotundidad la existencia de dos salas como una característica propia de las bibliotecas públicas romanas, lo cierto es que los datos apuntan en este sentido. Incluso los más escépticos reconocen la separación de los libros griegos y latinos (Nicholls, 2010: 20). Es muy probable que esta distribución –quizá chocante al principio, si hacemos caso de los versos de Horacio– fuera el acicate para estimular la creación literaria en latín con el propósito de que la biblioteca acabara reflejando materialmente la

¹³ Fedeli (1988: 41), basándose en *CIC. ad Q. fr.* 3.4.5, piensa que ésta era la norma incluso en época republicana.

¹⁴ Respecto a la del *Templum Pacis*, hay especulaciones de todo tipo sobre su forma; cfr. Dix-Houston (2006: 686, 689, 692); Tucci (2008: 47, n.39); Nicholls (2010: 16)

Las primeras bibliotecas públicas en Roma y su impacto en la concepción de la literatura latina.

paridad de ambas literaturas.

5. Algunas conclusiones: bibliotecas públicas y literatura

Comprendemos ahora que el término “públicas” que se aplica a estas bibliotecas no tiene las connotaciones modernas: en cuanto a su abastecimiento (botín de guerra, confiscaciones, herencias, regalos), mantenimiento (esclavos domésticos) y uso (un restringido círculo de allegados), las bibliotecas públicas imperiales son continuadoras de las grandes bibliotecas republicanas. Más bien, el término indica la amplificación en una escala antes inédita de los valores ideológicos y políticos que apuntaban ya en las bibliotecas republicanas: las bibliotecas públicas imperiales se convierten en una institución fundamental para la construcción de la literatura latina como expresión de esa dimensión ideológica y política.

5.1 La biblioteca como canonizadora

Vimos al comienzo cómo en época republicana el mero hecho de poseer una biblioteca era un símbolo de poder militar, político y social, a la vez que una marca de pertenencia a un restringido círculo intelectual. En época imperial las bibliotecas, públicas y privadas¹⁵, ven acentuado su papel como expresión del poder de su promotor y el deseo de alcanzar la posteridad para sí mismo o su familia. Citamos algunos ejemplos.

La biblioteca que Plinio el Joven construyó en Como sin duda contribuía a perpetuar su recuerdo como benefactor de la ciudad, pero también como miembro de un grupo de élite; es posible que además deseara honrar a su familia: quizá donó entre otros fondos la colección de su tío Plinio el Viejo (Dix, 1996: 89). La fundación de una biblioteca en conmemoración de un familiar no era algo extraño. La biblioteca del Pórtico de Octavia se erigió a la memoria de Marcelo (OV. *Ars* 1.69-70). Y en la misma época que Plinio dedicó su biblioteca en Como, en Atenas Tito Flavio Pantainos dedicó una a su padre. En Éfeso,

¹⁵ Respecto a las bibliotecas privadas de época imperial, Séneca (*Dial.* 9.9.4) y Luciano (*Adversus indoctum* 4) critican el deseo de ostentación de sus propietarios, que carecen de interés intelectual. El Trimalción de Petronio, a pesar de dar muestras de una llamativa incultura, presume de poseer una biblioteca latina y otra griega (*Sat.* 48.4)

alrededor del 135, una biblioteca construida al estilo romano fue donada a la ciudad por Tiberio Julio Aquila Polemaeanus en memoria de su padre Celso, cuyos restos descansaban allí mismo, en un mausoleo construido ex profeso. Otras bibliotecas, como la de Timgad, contenían las tumbas de los personajes a las que estaban dedicadas (Dix, 1996: 90-1; Coqueugniot, 2010: *passim*).

Cuando además los fundadores son los emperadores, el interés en reflejar una imagen determinada alcanza una proyección a otra escala: las bibliotecas no tienen valor solo por su contenido o por poner éste a disposición del público, sino especialmente por el hecho de que los romanos las ven dentro de un complejo magnífico, compuesto de varias construcciones –templos, pórticos– adornadas con obras de arte, muchas veces en un emplazamiento destacado que ya de por sí posee un valor simbólico. Entonces las bibliotecas se convierten en un instrumento más en el diseño de estrategias políticas y en la propaganda ideológica. La creación o la reparación de bibliotecas públicas constituyeron decisiones políticas encaminadas a proyectar una imagen determinada¹⁶.

Y en este papel ejercieron su labor como canonizadoras, una función que ya estaba presente en las bibliotecas helenísticas, pero que ahora está revestida de una dimensión pública. En efecto, la admisión de obras y autores constituye de hecho la creación de un canon basado en distintos criterios de selección¹⁷ y apoyado en la decoración con retratos de los autores principales, que se consideran modelos para la imitación (Too, 2010: 203-4).

Y además lo importante es que son ahora los emperadores los que proponen ese canon y los que se erigen como *patroni* de la literatura. En efecto, Horacio, como vimos en ep. 2.1.214-218, se dirige a Augusto como a un *patronus*, que toma decisiones de amplio calado cultural y ofrece estímulo (*calcar*) a los poetas a través de los libros –modelos de imitación– que incluye en su biblioteca, colaborando, en suma, a la creación de una literatura que sigue unas pautas determinadas.

Resulta suficientemente revelador que en la Biblioteca de Apolo del Palatino

¹⁶ Para César, por ejemplo, la creación de una biblioteca pública formaba parte de un plan de enorme envergadura –desechar lagos, redactar el derecho civil, edificar teatros y templos, etc.– para adornar y dotar de infraestructuras a la ciudad de Roma (Suet. *Jul.* 44).

¹⁷ No sólo literarios: recordemos el libro de Ovidio, excluido de las tres bibliotecas públicas de su tiempo (*Tr.* 3.1.65ss.)

el vestíbulo estuviera presidido por una estatua de Augusto con los atributos atributos de Apolo (Pseudo-Acron, *Comm. a Hor. Epist.*1.3.17; SERVIO, *Ecl.* 4.10; Tac. *Ann.* 2.37), el dios íntimamente ligado a la victoria de Augusto en Accio pero también el tradicional patrocinador de la poesía. En efecto, el propio Augusto controló la inclusión o exclusión de determinadas obras. Además del veto al libro de Ovidio, prohibió a Pompeyo Macer poner al alcance del público las obras juveniles de Julio César (SUET. *Jul.* 56.7).

Y los sucesores de Augusto siguieron el camino instaurado por él. Tiberio incluyó las estatuas de sus poetas preferidos –Partenio, Euforión y Riano– (SUET. *Tib.* 70.2), para decorar la biblioteca que erigió en la *Domus Tiberiana*. Él mismo compuso poemas imitándolos y el propio Suetonio subraya el efecto que esto causó en el aumento de estudios eruditos sobre ellos. Calígula, por su parte, quería borrar del mapa los poemas homéricos y estuvo a punto de suprimir de las bibliotecas retratos y obras de Livio y Virgilio (SUET. *Cal.* 34.2) (Marshall, 1976: 262-3).

En cierta forma esto explica la proliferación de bibliotecas en Roma: los emperadores sucesivos quieren dejar constancia de su carácter de *patroni* literarios y dejar una evidencia de su propio canon.

Siempre dentro de este marco de utilidad pública, las innovaciones romanas respecto al modelo griego en el diseño del edificio –la unificación de almacenes y sala de lectura y, especialmente, el desdoblamiento de la biblioteca en dos salas, una destinada a libros griegos y otra a libros latinos– apuntan a una concepción diferente de la que animó la fundación de la Biblioteca de Alejandría.

Las bibliotecas públicas imperiales eran mucho más pequeñas que la de Alejandría, alentada por la idea megalómana de abarcar la totalidad. La biblioteca de Trajano –la mejor conocida– daría cabida a entre 20.800 y 41.600 volúmenes, entre cinco y diez mil obras¹⁸. Aun considerando lo inseguro de las cifras propuestas para la Biblioteca de Alejandría –490.000 volúmenes propone para la Biblioteca principal Casson (2001: 36)– la diferencia es inmensa. Hay algunos indicios de que la Biblioteca de Alejandría pudo constituir un modelo negativo

¹⁸ Dix-Houston (2006: 708) mencionan como fuente de estas cifras a J. Packer (1997), *The Forum of Trajan in Rome. A Study of the Monuments*, Berkeley. Casson (2001) calcula unos 20.000 volúmenes en total.

para los romanos: el exceso y la grandiosidad reflejan una actividad literaria e intelectual frívola y engañosa, propia de la conducta que muchas veces los romanos achacaban a los alejandrinos. Vitruvio (*de arch.7. praef.4*), por ejemplo, claramente refleja sus simpatías por el modelo de Pérgamo frente a Alejandría, en este caso incidiendo en el interés realmente público de la biblioteca de los Atálidas frente al carácter claramente cerrado y elitista de los alejandrinos (Pesando, 1994: 49-50; Novara, 2005: 49-57)¹⁹.

El carácter selectivo de las bibliotecas romanas pudo contribuir a disimular a comienzos del Imperio el desequilibrio en el número de libros en griego y libros en latín, pero además responde a una reflexión profunda sobre el proceso de creación de una literatura latina, fundada en la confrontación de lo romano con lo griego. Del mismo modo que en el ámbito de la lengua, donde el latín se concibe mediante la comparación sistemática con estructuras del griego, siempre con la aspiración de conseguir para aquel dignidad parecida a la de éste, en la literatura ocurre algo similar y para la formación de la *humanitas* se exige la complementariedad de ambas tradiciones literarias, la griega y la latina (Pocchetti-Poli-Santini, 1999: 45).

Sin duda, la desproporción fue compensándose paulatinamente, hasta el punto de que la construcción de dos salas simbolizaba la equiparación completa de la cultura latina con la griega.

No es extraño entonces que Adriano construyera una espectacular biblioteca en el ágora de Atenas (131-2), concebida al modo romano (Strocka, 1981: 320; Too 2010: 196). El emperador devolvía a Grecia lo que Roma le había quitado: aquellos libros que los generales republicanos se llevaron como botín de guerra; pero ahora ya no son ellos el sinónimo de cultura sino solo una parte de ella pues han sido integrados dentro de una cultura distinta, construida sobre la

¹⁹ Pero no es Vitruvio el único; Séneca afirma en *Dial. 9.9.5: Quadraginta milia librorum Alexandriae arserunt; pulcherrimum regiae opulentiae monumentum alius laudauerit, sicut T. Livijs, qui elegantiae regum curaque egregium id opus ait fuisse: non fuit elegantia illud aut cura, sed studiosa luxuria, immo ne studiosa quidem, quoniam non in studium sed in spectaculum comparauerant*; ... (Cuarenta mil libros ardieron en Alejandría; que otro alabe este hermosísimo testimonio de la opulencia real; como Livio incluso, que dice que esta fue una obra eximia de la elegancia y solicitud de los reyes; no fue elegancia ni solicitud sino lujo intelectual, es más, ni siquiera intelectual, porque no los habían reunido para el estudio sino para servir de espectáculo)

la paridad de libros griegos y romanos

En este sentido, las bibliotecas públicas imperiales ejercieron labores de reinterpretación y de recontextualización de obras existentes continuando una tarea que había sido ya iniciada en época republicana: la conversión en 'libros', objetos materiales cuyo destino era su colocación en las estanterías de las bibliotecas (con todo lo que ello conllevaba), de obras que en su momento no fueron compuestas para eso. Es el caso, por ejemplo, de las comedias de Plauto, sobre las que ya habían trabajado los gramáticos recopilando escritos, distinguiendo lo auténtico de lo no auténtico, elaborando comentarios, construyendo una biografía del autor, etc. (Goldberg, 2005: 62-68). Asistimos entonces a un nuevo fenómeno: determinadas obras adquirieron una configuración material y una estabilidad que les era en principio ajena. Sin ir más lejos, Cicerón describe los libros de su época como textos inestables, en el sentido de que el proceso de composición y circulación está sujeto a numerosos avatares, pasa por manos de muchas personas y puede con facilidad escapar al control de su autor (*Att.*13.21). En cambio, Horacio (*Carm.*1.1.35) y Ovidio (*Tr.* 3), son autores que por primera vez expresamente contemplan sus obras como libros destinados a formar parte de las bibliotecas y, por tanto, a entrar en el canon literario.

Por último, la separación de libros en latín y en griego y el examen comparativo de ambas literaturas, representadas en la disposición material de los volúmenes y de los retratos de los autores, unido al aumento de autores latinos incluidos, extiende el fenómeno de reinterpretación a la literatura griega. Es innegable que esta influyó de manera determinante en la configuración de la literatura latina, pero, visto lo visto, podemos suponer la existencia de una relación inversa que hizo que el canon de la literatura griega se diseñara en función del canon de literatura latina que se estaba formando.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, W. S. (1963). *Pompey, his friends, and the literature of the first century B.C.* Berkeley: University of California Press.
- Brink, C.O. (1982). *Horace on Poetry. Epistles Book. II. The Letters to Augustus and Florus.* Cambridge: Cambridge Univ. Pr.

- Casson, L. (2001). *Libraries in the ancient world*. New Haven: Yale University Press.
- Coqueugniot, G. (2010). Des bibliothèques pour le public... et à la gloire de leurs fondateurs: Les motivations des fondateurs de bibliothèques dans les provinces orientales de l'Empire romain, de César à Hadrien. En Perrin, Y. (ed.), *Neronia VIII, Bibliothèques, livres et culture écrit dans l'empire romain de César à Hadrien*. (pp. 41-53). Brussels: Éditions Latomus.
- Dalzell, A. (1955). Asinius Pollio and the Early History of Public Recitation at Rome. En *Hermathena* 86. 20-28.
- D'Arms, J. (1970). *Romans on the Bay of Naples*. Cambridge: Harvard Univ. Pr.
- Dix, T. K. (1996). Pliny's library at Comum, *Libraries&Culture*, 31. 85-102.
- Dix, T. K. (2000). The Library of Lucullus. En *Athenaeum* 88. 441-464.
- Dix, T. K. (2004). Aristotle's 'Peripatetic' Library. En Raven J. (ed.), *Lost Libraries. The Destruction of Great Book Collections since Antiquity*. (pp. 58-74). New York: Palgrave MacMillan,
- Dix, T. K. - Houston, G. W. (2006). Public Libraries in the City of Rome from the Augustan Age to the Time of Diocletian. En *MÉFRA* 118. 671-717.
- Dupont, F. (1997). *Recitatio* and the reorganization of the space of public discourse. En Habinek, T. N.; Schiesaro, A. (eds.). *The Roman Cultural Revolution*, Cambridge, Cambridge Univ. Pr., pp. 44-60.
- Fedeli, P. (1988). Biblioteche private e pubbliche a Roma e nel mondo romano. En Cavallo, G. (ed.). *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*. (pp. 29-64). Roma-Bari: Laterza.
- Goldberg, S. M. (2005). *Constructing Literature in the Roman Republic: Poetry and its Reception*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gros, P. (2001). *L'architecture romaine du début du IIIe siècle av. J.-C. à la fin du Haut-Empire*. Paris: Picard.
- Horsfall, N. (1993). Empty Shelves on the Palatine. En *Greece and Rome* 40.1. 58-67.
- Houston, G. W. (2002). The Slave and Freedman Personnel of Public Libraries in Ancient Rome. En *TAPhA* 132, 1-2. 139-176.
- Johnson, W. A. (2010). *Readers and Reading Culture in the High Roman Empire*. Oxford: Oxford Univ. Pr.
- Marshall, A. J. (1976), Library Resources and creative Writing at Rome. En *Phoenix* 30.3. 252-264.
- Nicholls, M. (2010). *Bibliotheca Latina Graecaque: on the Possible Division of Roman Libraries by Language*. En Perrin, Y. (ed.). *Neronia VIII, Bibliothèques, livres et culture*

Las primeras bibliotecas públicas en Roma y su impacto en la concepción de la literatura latina.

- écrit dans l'empire romain de César à Hadrien.* (pp. 11-21). Brussels: Éditions Latomus.
- Novara, A. (2005). *Auctor in bibliotheca. Esasi sur les textes préfaciels de Vitruve et una philosophie latine du Livre.* Louvain-Paris-Dudley: Peeters.
- Oehler, J. (1912). s. u. "Gymnasium". *RE* 7.2. Stuttgart: J. B. Metzler. cols. 2004-2026.
- Pesando, F. (1994). *Libri e biblioteche.* Roma: Quasar.
- Pocchetti, P.; Poli, D.; Santini, C. (1999). *Una storia della lingua latina.* Roma: Carocci.
- Sider, D. (2005). *The Library of the Villa dei Papiri at Herculaneum.* Los Angeles: J. Paul Getty Museum.
- Sommer, R. (1926). T. Pomponius Atticus und die Verbreitung von Ciceros Werken. En *Hermes* 61. 389-422.
- Strocka, V. M. (1981). Römische Bibliotheken. En *Gymnasium* 88. 298-329.
- Too, Yun Lee (2010). *The Idea of the Library in the Ancient World.* New York, Oxford: Oxford Univ. Press.
- Tucci, P. L. (2008). Galen's storeroom, Rome's libraries, and the fire of A.D. 192. En *JRA* 21. 133-149.
- Zanker, P. (1992). *Augusto y el poder de las imágenes.* Madrid: Alianza.